

# Veinte años después

por VICTOR DOMINGO SILVA

## El terremoto de Agosto de 1906

### ¡PERO SI FUE AYER!

Si no existiesen otros mil medios de irse uno convenciendo de que envejece, bastaría con ciertas grandes y terribles fechas. ¡El último terremoto?—me decía hace un rato, a la hora del aperitivo, un caballero algo teñido.— ¡Pero si eso fué ayer! Efectivamente, desde entonces acá no ha pasado más que la friolera de veinte años. Y un quinto de siglo es un suspiro...

Es un suspiro que se ha llevado, sin embargo, muchas veces las hojas de los árboles y puesto lustroso el occipital de muchos oránecos antaño harto poblados. Un suspiro que ha durado lo bastante para que hayamos visto surgir del pavoroso hacinamiento de ruinas humeantes, la ciudad vibrante y tumultuosa, la grande urbe moderna que es el Valparaíso de hoy. Una prueba más de que todo es relativo. Ya en 1842, Jotabeche, en viaje de recreo desde la entonces opulenta Copiapó, hacía notar el trásgo febril de las calles porteñas quejándose de tener a cada instante que hurtarle el cuerpo a algún vehículo atropellador. Cuarenta años más tarde, Rubén Darío, llegado a nuestras playas desde su apacible León de Nicaragua, sentía que el es-

minente fin de mundo haciéndose alarido y plegaría en todas las gargantas.

En la gravedad de unos cuantos minutos, segundos más bien dicho, la ciudad hormigueante y populosa, con su pujañte comercio, sus muelles y malecones erizados de ferretería, sus calles iluminadas como para una fiesta por la luz de las vitrinas, sus ascensores y sus tranvías; la gran población en que frente a la constelación de los barcos anclados en la bahía, brillaba, "para la dulce cena aderezada", la mesa de los hogares, hasta en la cumbre de los cerros más altos, el antiguo "Puerto de Santiago", la capital marítima de Chile, se había convertido en el teatro de una tragedia sin precedentes, en un cuadro de sangre, fuego, de agonía, cuyo solo recuerdo, después de veinte años, produce escalofríos.

Valparaíso aparecía como volcado, vaciado hasta en sus climientos por una fuerza ciega, tanto más siniestra cuanto más ciega, ante la cual no había sino que arrojarse y pedir gracia. Valparaíso entero estubo de rodillas aquella noche, mientras ardía la mitad de la urbe hecha trizas y seguía estremeciéndose la tierra como en espasmos epilépticos. La derrota por lo menos durante las primeras

acción de la autoridad que por fin se hace sentir, la disciplina civil que reacciona, los ajusticiamientos que se efectúan de momento en momento sin más que una breve información sumarla... todo esto revive en la memoria y salta a los puntos de la pluma, como si aún estuviésemos montando la guardia junto a la carpa improvisada, creyendo sentir muy cerca de nuestras cabezas el roce del ala del Angel Exterminador.

Veinte años es un suspiro para un pueblo... Bien. Así lo ha probado Valparaíso, renaciendo de sus ruinas, aprovechando en su beneficio la obra de una fatallidad inesperada. El gran terremoto de 1906 es todavía un tema socorrido de las conversaciones que decaen entre los viejos porteños. Los portefios de mañana tendrán que ir a informarse de él en las bibliotecas... Será cuando el espíritu nuevo de sus habitantes concluya por hacer de Valparaíso una ciudad semejante a ese barrio moderno, suntuoso y deslumbrante que ha sucedido al de callejuelas sórdidas que antiquitaron, con voracidad de monstruos, el temblor y el fuego en una hora inolvidable.

V. D. S.